

Entremos de lleno en el asunto: Soto, en su último mensaje al Congreso dijo, más ó menos, «Quiero que la alternabilidad en el poder sea en mi patria un hecho, y daré de ello el ejemplo.» Bien dicho y muy bonito, pero es el caso que aquí, en esta tierra de bendición, desde mucho tiempo atrás, esta clase de promesas en labios presidenciales no pasaron de ser música celestial.

Poco después de haber dicho Soto lo que dejo apuntado, señaló á la vista pública como candidato de su predilección al Licenciado don Ascensión Esquivel; y sin más, como este señor era uno de los designados lo llamó al ejercicio de la presidencia, fundándose en que *necesitaba restablecer su quebrantada salud*, frase usual de la dictadura, que creó esta nueva dolencia que tenía la particularidad de atacar solamente á nuestros últimos presidentes.

Don Ascensión nació en Rivas de Nicaragua, y vino muy joven á San José donde se educó y ha vivido hasta el presente. Es un abogado notable, bastante ilustrado y digno de la mayor estimación. Durante la Administración de Soto ocupó, entre otros puestos importantes el de Ministro de Relaciones Exteriores, todos los cuales desempeñó con general beneplácito.

Así que estuvo en ejercicio de la presidencia fué proclamado como candidato para servir el período constitucional próximo, y con este motivo algunos empleados públicos, imitando lo que se acostumbraba en tiempos que quisiera olvidar, se ocuparon en recoger firmas para apoyar esta candidatura, recabándolas en especial de los demás empleados dependientes del Gobierno, y amenazando á los que se negaban á firmar con la pérdida de su empleo; y, estas amenazas se cumplieron fielmente.

Como Soto había prometido libertad absoluta para las elecciones, los empleados destituidos por el delito de no haberse adherido á la candidatura oficial y algunos otros ciudadanos resueltos, poniéndose en riesgo inminente, formaron con el nombre de «Constitucional Democrático» un partido de oposición con el que había dado en llamarse «Liberal»; y, con miras altamente patrióticas, proclamaron su candidato al Licenciado don José J. Rodríguez.

El señor Rodríguez costarricense de nacimiento, digno de estimación y respetado en el foro, por lo menos, tanto como el señor Esquivel, había dado pruebas elocuentes de ser hijo amoroso de su patria y amigo de la política limpia.

El señor Esquivel tenía las desventajas de ser considerado como candidato oficial, es decir: impuesto, ser nicaragüense de nacimiento y no tener familia en el país ni alguno otro vínculo efectivo que lo ligara á él estrechamente. Todo esto que, á algunos, parecerá poco, le hizo perder considerable terreno en la voluntad del pueblo. Lo que como desventajas del señor Esquivel he señalado contribuyó junto con algunas otras cosas que me guardo, á empobrecer su partido y á aumentar el del señor Rodríguez, de tal manera que en corto tiempo llegó á hacerse formidable, aunque en medio de las trabas y dificultades que á su paso se oponían. Públicamente se ha escrito y se ha dicho que el partido del señor Esquivel gastó cuantiosas sumas de dinero en comprar votos y en organizar manifestaciones en su favor pero, como esto no me consta, no lo afirmo.

Según he oído opinar á personas que merecen respeto, si don Ascensión en lugar de haber venido de «arriba á abajo» lo hubiera hecho por las vías democráticas habría llegado con facilidad, talvez, á la

presidencia de Costa Rica pero, tomó rumbo opuesto; y su partido en el cual si es cierto que figuraban algunas personas dignas de respeto, también lo es que había elementos no sólo malos sino perniciosos; y sobre estos se fijaba mayormente y con desconfianza la atención pública.

El partido del señor Esquivel se bautizó con el nombre de «Liberal Progresista». Sin embargo: en Costa Rica no hay partidos políticos con principios definidos, porque durante tan larga dictadura jamás hubieran podido organizarse.—Los dos bandos en que para esta lucha nos dividimos los costarricenses, compuestos ambos de elementos heterogéneos, reclutas y organizados á la ligera, en mi sentir, no debieran llamarse sino, el uno «esquivelista», y el otro «democrático»; y daré mis razones:—El primero era puramente personal, tanto es así, que el título de liberales lo usaban únicamente en los periódicos, y entre ellos se llaman esquivelistas á secas, y querían solamente y á todo trance que don Ascensión fuera presidente, por la razón ó la fuerza de las bayonetas; y el otro, opuesto á que eso se realizara, y deseoso de que entrara la patria en una era de verdadera constitucionalidad llegó á organizarse de tal manera, y sus aspiraciones eran tan levantadas, que si por cualquier evento hubiese tenido que prescindir del digno Jefe que había elegido, no por eso se habría desorganizado ni por un momento, y tampoco hubiera desmayado en su intento porque una idea grande y bien sustentada los enardecía para trabajar con entusiasmo y valor.

Otra cosa que contribuyó notablemente á debilitar el partido del señor Esquivel fué que él, siendo liberal, por todo programa político decía «que sería fiel continuador de la política de Soto»; y el señor Rodríguez á quien, al principio, dieron en llamar tradicionalista, dijo: «soy adorador ferviente de las doctrinas de Washington, y creo que el Estado no tiene religión.» Réstesé lo uno de lo otro y se verá en favor de quién está la enorme diferencia.

El señor Obispo y alguno que otro Cura protegían la candidatura del señor Esquivel, y esto, que algunos creyeron desivo, por la grande influencia que el clero ejerce en nuestro pueblo, no arredró al partido constitucional, antes bien, aumentó su entusiasmo y á fuerza de propagandas razonadas consiguió atraer á su causa la gran mayoría popular.

En estas circunstancias, era prohibido vivir al candidato del pueblo, y el que lo hacía á punto seguido era conducido á la cárcel, no sin haber recibido antes alguna contusión.

El cuerpo de Policía fué aumentado considerablemente y armado de machetes, revólvers &, mas claro, de punta en blanco.

Así las cosas, llegó el 4 de agosto de 1889. Don Ascensión con algunos de sus amigos partió para Alajuela, en un tren especial, á eso de las 8 de la mañana. Don Santiago de la Guardia, colombiano, á la sazón Ministro de Guerra y Marina, quedó aquí, al parecer, al frente del Gobierno; este señor, que como particular era estimado, fué mal visto y mal querido desde que tomó ingerencia en la cuestión política.

El 4 de agosto como primer domingo del mes se reunieron las tropas, como es costumbre antiquísima, y después de haber pasado lista, cuando les dieron orden de dispersarse, algunos de entre ellos quisieron vivir á su candidato, creyendo que vivían en un país del cual eran soberanos,

esta equivocación bien cara les costó, pues no bien se había oído el primer viva cuando los policiales en número considerable, que estaban listos de antemano, les cayeron como un turbión, apaleando á unos é hiriendo á otros sin piedad.

Aquellos ciudadanos, aunque indignados y coléricos tuvieron que sufrir la humillación que se les imponía, pues solamente tenían las manos limpias para defenderse. Después de dos horas todos se habían dispersado llevando el alma llena de despecho y ardiendo en deseos de venganza; sin embargo, todo el día fué de agitación.

En la Estación de Heredia, al pasar el tren en que regresaban á la capital don Ascensión y sus compañeros una parte del pueblo, que allí estaba reunida vivió al candidato constitucional, y algunos de los que en el tren venían vivaron al señor Esquivel por lo que se formó un alboroto que dichosamente no tuvo consecuencias graves.

Cuando don Ascensión llegó á San José el primer paso que se dió fué el de mandar apresar á la mayor parte de los que figuraban como jefes del partido constitucional y mandarlos seguidamente á unos confinados á lugares mal sanos y á otros fuera del país.

(Continuará.)

Señor Redactor de «La Prensa Libre»

Permítame Ud. que le pregunte: ¿por qué no se publican ya las novedades de policía en su popular periódico? Si es por no echar fuera el nombre de cierto tipo que fué á Guatemala y volvió, es inútil, lo sabemos todos, pero toditos. Convencidos estamos de que en Ud. no está la pega por que entendiendo Ud. cual es la alta misión de la prensa, estamos ciertos que no querrá rebajarla, después de que tanto bien ha hecho con ella, por consideraciones indebidas: y como Ud. nunca se ha tapado con hojas, esperamos su respuesta y que disimule á su att. y S. S.

FEDERICO SALAZAR.

Señor Redactor de «El Demócrata»

P.

Amigo y señor mio:

Mi propia dignidad y el carácter de Vicepresidente con que el Club Constitucional de Artesanos se sirvió honrarme cuando se fundó el 19 de Agosto del año pasado, me ponen en la imperiosa obligación de explicar al público y al Club en particular, como y por qué dejé el servicio de las armas.

Esto fué motivado únicamente por pequeña desavenencia con el señor Comandante de la Plaza, General don Víctor Guardia.

Como Ud. sabe, señor Redactor, por más que de una y otra parte se hagan nobles esfuerzos en pró de la conciliación entre caracteres muy acentuados, de uno y otro lado, siempre existen *rásugas* de intrasigencia que dan por resultado lo que dice el refrán: «la sogá se rompe por lo más delgado.»

Bien saben Ud. y mis amigos, que yo servía por el mero gusto de servir á un Gobierno de tan generales y merecidas simpatías y que es la primera etapa del que al pueblo plugo darse.

Así es, que bajo el punto de vista pecuniario más bien recibí beneficio saliendo del cuartel.